

Los emigrados de LISBOA

Por Ralph FOX

Trad. de Raúl ARIAS BARRAZA

De NEW MASSES

Si alguna vez llega usted a considerar la necesidad de exilarse, voluntaria o involuntariamente, hay peores lugares que Lisboa.

La ciudad es limpia, pintoresca, bañada por una suave y encantadora luz que calmará los dolores de vuestro corazón de exilado, y no hay ninguna fea pobreza visible que se siente como la sombra del Comendador en la mesa de uno de los tres hoteles confortables de Lisboa.

Cierto es que la ausencia de pobreza es solamente un accidente arquitectónico, ya que la gente pobre está amontonada en pendientes y estrechos callejones que no llegan hasta las grandes avenidas.

De todos modos, hasta la pobreza parece tolerable bajo la suave luz de Lisboa, y la moneda nacional está convenientemente depreciada, de modo que la vida le parece a usted barata aunque no lo parezca para los nativos.

Un tercer factor, indispensable para el exilado, está presente en Lisboa: una atmósfera cosmopolita.

Es verdad que, desgraciadamente, la mayor parte de los habitantes son portugueses, pero los exilados son todos españoles, los comerciantes en vinos son ingleses, los tranvías son alemanes, el gas y la electricidad son

franco belgas, los teléfonos y los uniformes de la policía son ingleses, mientras que la política gubernamental es italo-alemana.

El Gobierno ha creado un centro de diversión para los extranjeros en un acantilado y una pequeña playa arenosa a unas veinte millas de Lisboa. Allí se encuentra un encantador café de terraza, un lujoso casino, un bello hotel con un bar verdaderamente moderno; una excelente carretera y una línea de tranvías eléctricos unen Estoril a Lisboa. Un Paraíso para el exilado.

Los grandes condes, marqueses y duques españoles, hanse enamorado de Estoril. Con sus bien costados trajes ingleses llenan el casino todas las noches, se sientan en la terraza del café en las tardes; toman baños de sol (sin las ropas inglesas) en las mañanas.

Los hombres son dignos y orgullosos, de edad media y madura; las mujeres son gordas, un poco toscas para nuestros gustos de hombres del Norte, pero nadie puede negar que adoptan grandes aires cuando se les besa la mano.

No creais que los exilados son todos de edad madura debido a que los jóvenes están en el frente luchando por librar a España del terror marxista. Nada de eso Ud. puede ver abun-

dancia de hombres jóvenes en las avenidas de Lisboa.

Algunos son simplemente «exquisitos», que sólo tienen sus cerebros y su belleza y una porción cuidadosamente medida de su riqueza que dar a la causa.

Otros, los de rostro bronceado y de hombros cuadrados son oficiales de las fuerzas de Franco que gozan de licencia. O forman parte del Cuartel General extranjero de la Falange Española, la organización fascista. O trabajan en una u otra de las instituciones rebeldes en Lisboa.

Pero no trabajan mucho, ya que eso es indigno de un grande de España. Y afortunadamente la mayor parte de sus asuntos puede arreglarse en el vestíbulo o en la cantina de un hotel.

En cualquier caso puede verse a estos aficionados de diplomáticos, comisarios y oficiales de Estado Mayor en la cantina del «Victoria» o el «Aviz» todas las noches, refrescándose después del día de trabajo en bien de la patria. Son muy moderados en sus hábitos y a menudo, para disgusto del cantinero, (que también es un buen patriota), tan sólo se refrescan con un poco de café.

Después de la cena puede verse que el más encantador elemento de la vida no está ausente. Bellísimas da-

mas les acompañan en el bar. Se les tiene ahí, según dicen los cínicos malas lenguas, para refrescar a los aviadores alemanes o a los consejeros militares alemanes en marcha hacia el frente. Una bailarina morena, de cuerpo estatuario, se sienta con ellos y les cuenta relatos picarescos para distraerlos en sus tristes horas de soledad.

También las mujeres son patriotas. Todas, jóvenes y viejas, esposas de marqueses, damas alegres de las cantinas, bailarinas y simples ingenuas, tejen para los soldados.

Me temo que habrá muchas pies fríos y pechos sin protección entre las fuerzas rebeldes si no hay un mejor aprovisionamiento, ya que las damas, aunque tengan voluntad, tienen la noble actitud, Siglo XVIII, hacia el trabajo, considerándolo como algo más bien decorativo que útil.

Durante el día los pequeños grupos de hombres, con sus escarpelas monarquistas rojo-amarillo-rojo, muy prominentes en el brazo o en el ojal, se dedican a conspirar.

Algunos proponen proclamar anarquistas para desviar a los obreros de esta tendencia de la seducción del «marxismo». Otros arreglan que el Club Rotario de Lisboa, o la Sociedad de

Autores Portugueses, protesten contra la destrucción de la cultura, o proporcionan fotografías falsificadas de «atrocidades marxistas» a los diarios de Lisboa.

A veces, un rico refugiado español llega románticamente. Una de éstas, una lánguida dama española con un pasaporte danés, obsequió a un exportador de vinos ingleses con los horrores de la vida en Barcelona. Ella iba a regresar a España, a reunirse con su marido, ahora sano y salvo en las líneas rebeldes.

Todo estaba listo para ella. El Cónsul danés había hecho que su pasaporte fuera visado por los rebeldes y se enviaron telegramas a su esposo en la población fronteriza española de Ayamonte.

El Vice-cónsul inglés en Ayamonte personalmente bendecía la reunión de marido y mujer. ¿Acaso no habían registrado su apartamento en Barcelona unos hombres rudos y toscos? Todos los hombres se sentían un Pimpinela Escarlata en su presencia.

Ocasionalmente puede oírse hablar de grandes negocios en estos vestíbulos. Fulano de Tal va a retirar sus negocios de España. Con mucho gusto los emprenderá en Portugal, le dice protectoramente al tímido y servil funcionario

gubernamental, si puede conseguir combustible de petróleo en lugar de electricidad.

Durante unos momentos se escuchan grandes nombres: Shell, Rio Tinto Corporation, Rothschild, un banco inglés.

Este es el reverso de la contra-revolución. Cuando leo sobre la lucha desesperada que hombres y mujeres realizan para ser libres en España, de las tropas moras y de los legionarios, de las matanzas de prisioneros, no se olvide de Lisboa. Esta también tiene su sitio en la escena global.

Cuando usted era un niño probablemente le asustaron con relatos de las horribles mujeres que hacían calca mientras caían las cabezas en la guillotina, durante la Revolución Francesa.

Bueno: ahora piense en la refinada escena de las damas españolas tejiendo y jugando con sus perrillos predilectos en los vestíbulos de los hoteles de Lisboa, mientras escuchan ansiosamente las obscenidades que desde Sevilla perifonea su salvador General Gorgojo Queipo del Llano. O, si así lo prefiere usted, imagínese las tomando el té a la sombra de rayados parasoles en la terraza de Estoril, al borde del Atlántico. Esta es la gente digna la gente decente

ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Viento del pueblo

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
(tran,
me esparcen el corazón,
y me aventan la garganta.
Los bueyes doblan la frente,
imponentemente mansa,
delante de los castigos;
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.
No soy de un pueblo de
(bueyes,
que soy de un pueblo que
(embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién habló de echar un
(yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas
ni quién al rayo retuvo
prisionero en una jaula?
Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría

y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
análuces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el
(hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces
como raíces gallardas
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada;
yugos os quieren poner
gentés de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas,
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.
Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra,
las águilas, los leones

A punta de aguja
se ganan batallas,
No bastan fusiles,
no bastan las balas,
ni basta el coraje,
ni la ciencia basta,
que otros enemigos
tomaron las armas.
Aire de la Sierra,
más que aire, navaja
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.
Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta,
Muerto y veinte veces muerto
(to,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores (que can-
encima de los fusiles
y en medio de las batallas,
MIGUEL HERNANDEZ

que afiló la nieve
de las cumbres altas,
¡ay, cómo perdiste
toda tu eficacia!
¿Dónde está el empuje
de que blasonabas?
¿En qué se quedaron
tantas amenazas?
Manos de mujer
frenaron tu marcha,
mellaron tu frío,
fallaron tus ansias.
Anda, ve y golpea
puertas y ventanas;
muge de coraje,
galopa de rabia,
y vuelve de nuevo,
si es que no te basta,
toro de los fríos
que en la retaguardia
manos femeninas
y llenas de gracia
han de hacerte un quiebro
que burle tus mañas.
Ya puedes volverte;
aquí no haces nada
porque las mujeres,
que apenas descansan,
trabajando todas
te esperan en guardia.
Y no con banderas

Sabe Ud. cómo sale el periódico «Trabajo»

Por Abel Dobles Ch.

De lunes a viernes

Humilde oficina, con dos mesas de madera tosca, tres sillas y una máquina, marca «L.C. Smith & Bro» que ya está anciano. Unos folders, papeles, cartas, listas, tintero y portaplumas, un calendario, nóminas, recibos, libros de contabilidad un instante y algunas cosas más, componen el mobiliario y demás útiles de la Administración.

En ella, tres hombres en mangas de camisa, trabajan, en la mayor camaradería; muchas veces salen hasta media noche. El Editor, el Administrador y el Secretario de correspondencia. No en seda bordadas con hilos de oro ni hebras de plata; nuestras compañeras usan prieta lana y tejen con ella victorias sin tasa. Que a punta de aguja se ganan batallas.

FELIPE C. RUANOVA

ya han tenido el más leve disgusto. Son un triunvirato rojo, miembros de la «Brigada Trabajo».

Llega un camarada y saludado —¿Qué hay compañero?

—Trajo Ud. el artículo del compañero tal para este número?

—Si hombre, lo mandé con aquel camarada carnicero.

—Muy bien. —Y vos. —le dice uno de los de la oficina a otro que ha llegado, —que te tré por aquí?

La Cédula N.º... del R.º... remite dos colonos para abonar a la cuenta de Trabajo. —Dame el recibo.

—Tomá el recibo. —Oye vistieron notas de Postales?

—Deben venir mañana.

—Virjes ro hago tanta bulla.

—Cuerdas: pásate esta nota en máquina, corrigiéndole algo, pues le remite un grupo de campesinos de...
Pasa a la sexta página